

Azorín, maestro de la plasticidad

José Martínez Ruiz —Azorín,— el de la tabaquera de plata y el monóculo, el del célebre paraguas rojo de la rebeldía juvenil, el que hacía primores de lo vulgar, como dijo Ortega y Gasset; el hombre que, por una genial inversión de la perspectiva, hacía que lo minúsculo, lo atómico, ocupase el primer lugar; el más sutil catador de prosas que ha tenido nuestra literatura, ha muerto rodeado de cariño y de altas veneraciones. El maestro de todos ha dejado vacantes, con su desaparición, los honores y preeminencias logradas por su prestigio y España ha perdido una de sus figuras cimeras como escritor y como patriota.

Hoy, ni la emoción ni el tiempo me permiten hablar de su inmensa obra, repartida entre los más variados rincones de la actividad literaria; obra siempre de calidad estética y de humanas cualidades, siempre con aquel secreto poderío que sólo poseen algunos de esos estilos en los que se diría que nada llama particularmente la atención —maximus in minimus—, pero que están cargados de sugestión y de eficacia.

Con Azorín desaparece la pluma más señera de eso que ha dado en llamarse «generación del 98», que representa, en una época reconstructiva de la historia patria, el momento de máxima vitalidad en nuestras letras. La «generación del 98» ha dejado huella, tanto en el aspecto política-social como en el literario. Puede decirse, sin pecar de exagerados, que es sin duda el movimiento cultural de más transcendencia que registra nuestra Historia de tres siglos a esta parte.

Pero Azorín no es sólo un miembro de dicha generación, sino que es el elemento más representativo de la misma. Si en el conjunto ideológico que la forma hay hombres ilustres y con fuerza bastante para destacarse y darle carácter por sí mismos —Baroja, Unamuno, Benavente, Bueno, Valle Inclán, Maeztu y Rubén Darío—, es Azorín, sin embargo, el que caracteriza a este grupo ideológico que amaba los pueblos y el paisaje,

que intentó resucitar los poetas primitivos, que aportó al idioma nuevas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar, menuda y fuertemente, la realidad nacional. Las plumas medulares de Azorín, Unamuno y Baroja, trajeron mucha gloria a España — gloria de amena y profunda literatura — y su empeño fue elevarla y engrandecerla.

Como escritor, Azorín tiene la gran importancia de haber sido el maestro de su generación. Gran sensitivo de la historia, de mágica palabra, que buscaba la quietud y el silencio, que moldeaba las palabras con los dedos caprichosa, amorosamente, dando al estilo concisión, plasticidad, exactitud, naturaleza y fuerza expresiva; que amaba la serenidad espiritual, la escrupulosidad, la limpieza, la precisión que cuidaba y acariciaba los giros de que se valía para expresar sus pensamientos en un estilo puro, armonioso y dulce, hasta el extremo de que Ortega y Gasset, comparó la obra de Azorín con el perfume de las violetas.

En realidad, la literatura azorinesca no es otra cosa que el estilo. Azorín ha sido en esto maestro consumado. Su estilo — elegante quintaesenciado, plástico — es el fruto de un lento y penoso trabajo de selección, de depuración, de lima. El mismo Azorín nos dice cómo ha de ser el estilo, en un «Un pueblecito, Riofrío de Avila», publicado en 1916». ¿Qué cómo ha de ser el estilo? — dice el maestro —. Pues el estilo... mirad la blancura de esa nieve de las montañas, tan suave, tan nítida. El estilo es eso; el estilo no es nada. El estilo es escribir de tal modo que quien lea piense: Esto no es nada. Que piense: Esto lo hago yo. Y que, sin embargo, no pueda hacer eso tan sencillo — quien así lo crea — y que eso que no es nada, sea lo más difícil, lo más trabajoso, lo más complicado».

Gustaba José Martínez Ruiz de la amistad tranquila y del diálogo erudito. Sus ocios eran altos, elevados: la lectura apasionada, los paseos solitarios, las emociones estéticas, el placer de acariciar con deleite las polvorientas encuadernaciones en la feria de los libros. Escultor maravilloso de Los Pueblos, admirable observador de Castilla y erudito artífice de Lecturas españolas, Azorín, gloria de España, sintió muchas veces la impalpable tristeza de las cosas, las vagas ensoñaciones que se apoderan de los hombres y el destino inexorable que empuja la «corriente perdurable de las cosas».

Azorín amó y sintió a España como pocos y acaso sea de los que más han hecho por difundir su nombre por los países extranjeros. Su producción es un canto continuo al trabajo, a las costumbres, a la ciencia y al arte español. Sus obras rezuman españolismo y amor patrio. No hay camino del alma de Azorín por el que no se llegue a España y uno de los modos de conocerla y sentirla será siempre acudir a sus obras, donde vemos plasmada, aprisionada la emoción del paisaje, la luz de Es-

paña. El espíritu de Castilla —su patria adoptiva— penetró en su alma levantina. Los viejos pueblos de Castilla —secos, áridos, pedregosos— hallaron en Azorín su cantor más afortunado, por la plasticidad de su estilo y la polícroma coloración de que alardean los escritores mediterráneos.

Y nosotros, sin más títulos ni autoridad que la de ser asiduo lector y admirador apasionado del maestro —ya por desgracia desaparecido—, vemos cómo su efigie mortal se aleja y su figura espiritual, inmensa, pervive entre nosotros a través de su obra.

Paz a su alma y nostalgia a su memoria y que nuestro país tenga la fortuna de que no transcurra un siglo sin que renazcan una cabeza y una sensibilidad comparables a las suyas.

ERNESTO RUIZ Y G.^a DE LINARES